

BIBLIOTECA DE ZEA

PEDRO CRESPO.

(Continuacion.)

XI.

EN EL BOSQUE.

Don Alvaro corria como un gamo llevando en sus brazos la hermosura que tan ardientemente habia codiciado.

Pronto salieron de la ciudad i penetraron en el bosque, donde la pobre niña no podia esperar ningun amparo.

Isabel jemía llamando a los cielos en venganza de su inocencia desvalida i conjurando a don Alvaro por cuanto hai de mas sagrado en la tierra, la permitiera volver a su casa, prometiéndole que su padre lo olvidaria todo.

¡Vano rogar! ¿cómo escucharia sus jemidos un hombre cegado por la pasion que todo lo habia atropellado, i a quien talvez no quedaba otro partido que abandonar vergonzosamente sus banderas para escapar al severo castigo que su jeneral sin duda impondria?

Isabel sucumbió como débil que era. No hallando compasion en su bárbaro raptor, cesó de pedir justicia a los cielos i la vergüenza i el rubor enlutaron su frente manchada por un crimen que no era suyo.

Los árboles del bosque, testigos de su baldon, la soledad i silencio de la noche, cuyas sombras comenzaban a desvanecerse con los primeros albores del dia aumentaban su angustia i su confusion.

Era inocente, el deshonor que habia caido sobre ella no llegaba a marcharla ante Dios, pero la infeliz se acusaba a sí misma como si fuese culpable, como si tuviese que responder al Juez Supremo de los crímenes del miserable que la habia perdido.

Estaba sola, porque consumada su desgracia, no quiso quedar

un momento al lado del traidor, que decia amarla tanto, ni admitir una sola de sus disculpas, por lo que éste, cansado de sus quejas, cometió la villanía de abandonarla.

Tres largas horas de inútiles i desesperados esfuerzos la habian rendido i sola, sentada sobre el tronco de una encina caida, lloraba sin consuelo su desventura.

A la indecisa claridad del alba, que ya despuntaba, distinguió un hombre que pasaba no mui léjos i tembló al reconocer en él a su hermano Juan.

Huia i sus ropas estaban ensangrentadas.

En pos de él i no a mucha distancia corrian tres hombres en quienes no tardó en reconocer a los soldados que habian ayudado a su rapto.

Isabel lo cemprende todo.

Juan se habia batido con el capitan, acaso lo habia muerto.

—Es preciso salvar a mi hermano, se dijo, i avanzó hácia los soldados.

—¡Deteneos! les gritó.

—¡Ah! ¡eres tú! dijo Rebolledo, reconociéndola.

—Sí, yo soi; avergonzaos de vuestra cobardía.

—Niña, dijo Rebolledo, eres demasiado jóven i linda para no consolarte presto del desvío de tu primer amante.

—¡Calla!

—¿Nada mas tienes que decirnos? acaba, que vamos de prisa.

—¿I ¿a dónde ibais?

—Siguiendo a un hombre.

—Si quereis que Dios os perdone lo que contra mí habeis hecho no lo sigais.

—¿Sabes quién es?

—Lo he visto pasar.

—¿Ignoras que ha herido al capitan?

—Dios entónces dirijió su mano.

—Dios no se mete en esas cosas, niña.

—No blasfemes, soldado; pero si queda en tu alma algun sentimiento noble deja de perseguir a mi hermano.

—En verdad, observó uno de los soldados, ¿qué sacamos en buscar a ese pobre diablo?

—Razon tienes, dijo el otro, lo mejor será volver donde el capitan.

—Dios os lo pagará, dijo Isabel separándose de ellos.

Los soldados volvieron hácia atrás.

Entre tanto Isabel comenzó a caminar a la ventura por los senderos del bosque.

—¿A dónde iré? decia ¿qué será de mí? ¿cómo tendré valor de presentarme ante mi padre? I si no vuelvo donde él ¿qué pensará de mí? Iluminadme, Señor, guiadme vos mismo, porque yo, infeliz, ignoro qué camino tomar.

Así hablaba cuando llegaron a sus oídos desgarradores lamentos que cada vez se hacían mas cercanos.

—¡Otro que llora! continuó ¡otro desgraciado! ¡por dónde caminaré que no tropiece con el dolor?

Siguiendo la voz que se lamentaba llegó hasta un sitio del bosque donde con sorpresa i angustia encuentra a su padre, al noble i venerable Pedro Crespo atado a un árbol como un malhechor.

—¡Padre!

—¡Hija mia!

Así gritaron los dos al reconocerse.

—Llega i desátame, dijo Crespo.

—Nó, padre mio, no lo haré hasta que oigais mi desgracia.

—¡Todo lo comprendo!

—¡Infeliz de mí! Soi inocente, pero matadme porque no puedo tolerar la vida.

Isabel avanzó a desatar a su padre.

Ella i el anciano vertían un torrente de lágrimas.

—¡Pobre de mí! pobre de tí, hija mia. ¡Ai de Juan que camina tan ajeno de lo que pasa!

—Juan huye en estos momentos.

—¿De quién?

—Hirió al capitán i los soldados le perseguían, pero ya felizmente nadie lo busca.

—¡Gracias, Dios mio! ¡no ha dejenerado mi sangre! Pero ¡tú de rodillas!—

Isabel estaba arrodillada.

—Esperando mi sentencia, padre mio.

—Alzate, que para mí eres tan pura como el día en que besé tu frente rejenerada por las aguas del bautismo. ¡Terrible cosa que ha de haber desgracias para que sepan apreciarse las dichas! Para casos como éste sirven los grandes corazones. Levántate Isabel i vamos: tu hermano peligrá i es necesario salvarlo. Respecto al capitán ¡vive Dios!—

Ambos comenzaron a caminar.

Él anciano, ella postrada por las angustias que la agobiaban, no podían marchar con la velocidad que el caso requería. A mas de esto la espesura del bosque, el andar fuera de camino trillado les hicieron emplear en la marcha cuádruplo tiempo del que en otras circunstancias habrían necesitado para llegar a la aldea.

Su camino fué, pues, triste i largo.

Cuando entraban en Zalamea eran las ocho de la mañana i no fué poca su sorpresa al ver que a esa hora casi nadie transitaba por las calles del pueblo.

Zalamea parecía estar de luto, tal era su silencio i soledad.

XII.

EL NUEVO ALCALDE.

Crespo i su hija continuaron caminando sin fijarse en el espectáculo de la poblacion.

Al llegar a una esquina, Isabel dijo a su padre:

—¿A dónde vais, señor?

—Sígueme, respondió éste.

—¿Nó vamos a casa?

—Vamos a la del alcalde.

—¡Señor!

—Voi a pedirle justicia.

—A publicar nuestra deshonra direis mejor! Tal es mi desgracia, que en este mundo no espero otra justicia que la del cielo.

—¿I encubriremos con nuestro silencio la infamia de ese hombre? ¿Qué dirá el pueblo? Que tú eras su cómplice; porque no te engañes; todos ¡pobre hija mia! saben ya nuestra desventura.

—Señor, si tienes lástima de mí, si mis lágrimas conmueven tu corazon de padre, dejemos la venganza en manos de Dios. Aquí hai un convento de relijiosas carmelitas donde puedo acabar pacíficamente mis dias, dejadme en él, que desde niña he amado a la Vírjen, i bajo su manto hallaré un asilo, donde, pueda llorar sin que lleguen hasta mí los ecos del mundo i las irónicas burlas de los que quieran calumniarme. Allí sola, postrada ante el altar, rogaré por vos i por mi hermano; allí entre mis santas hermanas no habrá rostros que sonrian al mirarme ni almas crueles que me desprecien.

—Eso será despues.

—¿Por qué no luego?

—Antes es preciso que pidas justicia a los hombres.

—¿No podriais evitarme esa vergüenza?

—¿I cómo?

—Ya que absolutamente lo quiereis, hablad vos por mí.

—¿Ví yo las cosas acaso? Quise seguirte; pero los traidores me dejaron en tierra a la puerta de mi casa i huian, i cuando pude alcanzarlos en el bosque, como eran muchos i yo un anciano débil me ataron a ese árbol como tú lo has visto.

En esto llegaron a la plaza, sin fijarse en el jentío que se agolpaba en uno de sus ángulos. Crespo e Isabel avanzaron hasta las casas consistoriales.

—¿Cómo es esto? dijo el labrador al llegar, ¿cómo es esto que no hai nadie aquí?

—¡Mirad! respondió la niña, mostrándole la jente que se arremolinaba en un punto de la plaza.

— ¡Ai de mí! tal estoi que no recordaba que hoi se elije alcalde en el pueblo!—

En estos momentos el pueblo llenaba el aire con un sonoro *viva!*

—¿Quién será el elejido? pensó Crespo, iluminándose su rostro con un brillo extraño al hacerse esta interrogacion.

—¡Viva Pedro Crespo! gritó el pueblo entusiasmado.

—¡Yo alcalde! exclamó el labrador.

—Señor Pedro Crespo, dijo el escribano que avanzaba hácia él seguido de los alguaciles i de los vecinos mas respetables de la aldea; alcalde sois, i esperamos que esta vez no dejareis desairados a los que os han dado su voto.

—¿Yo alcalde?

—Sí, señor Pedro Crespo ¿i quién lo merece mejor que vos? Es preciso que esta vez dejéis a un lado la modestia i consintais en mandarnos. Fuera de esto, añadió hablándole al oido, vuestro gobierno se inaugura con dos notables sucesos. La venida del rei, que hoi o mañana estará aquí i una causa curiosa que dará mucho que hablar. El capitan de la compañía que ayer partió de aquí, ha vuelto herido con algunos soldados, que como él están de incógnitos en el pueblo.

—¿I se ha curado el capitan?

—Sí, mas no puede volverse a pié, i pide bagajes para hacer su camino, no habiendo en Zalamea quien quiera proporcionárselos.

—¿Con qué eso hai?

—Sí, el capitan, no quiere decir quien lo ha herido, i si esto se avirigua va a ser cosa sonada.

—Isabel, vete a casa, interrumpió Pedro, i vos, señor escribano, dad las gracias al consejo por el honor que me hacen. Inmediatamente voi a tomar posesion de la vara.

XIII.

JUEZ I PADRE.

El recién elejido se dirijió a las casas consistoriales, i, tan luego como hubo prestado el juramento de estilo, quedó reconocido por alcalde de Zalamea.

El pueblo aplaudia la eleccion i los hidalgos no la miraban de mal ojo, pues como hemos indicado era un deseo de toda la poblacion manifestado desde muchos años atras el que Crespo, con razon apellidado el amigo de todos i el padre de los pobres, empuñara la vara del gobierno.

Aquel dia era todo bullicio i fiestas.

Todos acudian a felicitar al alcalde, pero, con sorpresa jeneral,

nadie era admitido en su despacho i los alguaciles despedian cortesmente a los vecinos, diciéndoles que el nuevo majistrado tenia asuntos mui graves en que ocuparse.

En efecto, el alcalde de Zalamea oia una importante querella.

Su propia hija acababa de presentarse a la audiencia reclamando justicia contra el capitan don Alvaro de Ataide; i el alcalde, juez i padre a la vez, la oia sin inmutársele el rostro, severo como la justicia, implacable como la venganza.

Isabel habia tenido que comparecer ante su propio padre, tal lo queria éste, tal lo disponia en sus altos consejos la justicia divina.

Pedro Crespo oyó la querella de su hija sin que se le contrajera un solo músculo del rostro.

Parecia un hombre de hierro.

—Se hará justicia, contestó a la demandante, despidiéndola con majestuoso ademan;—i una vez solo ordenó al escribano reuniese sus ministros i se preparase para acompañarlo en una dilijencia importante.

El escribano partió a dar cumplimiento a las órdenes del alcalde i éste, solo ya en la sala consistorial, comenzó a meditar sobre su situacion.

—En rigor, pensaba, no debo intervenir en esta querella, pero ya que Dios mismo pone en mis manos la vara de la justicia ¿por qué no he de oír a mi hija i hacer por ella lo que haria por otro cualquiera? ¡Ea, Pedro Crespo, no sin permision divina os han elejido hoi alcalde de Zalamea! Cumplid con vuestro deber, aunque el camino que sigais no sea el trillado: obrad en justicia i nada se os dé de lo que puedan decir de vos los hombres....

—Prontos estamos, dijo el escribano, apareciendo a la puerta con los alguaciles.

—Pues, en marcha, respondió Crespo, abandonando el tribunal.

Don Alvaro de Ataide estaba a la sazón escondido en una casa del lugar. La herida que le infiriera Juan era de mui poca gravedad i al jóven capitan le apuraba el ponerse luego en marcha, ántes de que se supiese su crimen en el pueblo o el severo don Lope notara su ausencia de las filas.

Pero era el caso que su estado le impedia marchar a pié i en la aldea no habia nadie que quisiese alquilarle una mala cabalgadura. Habia recurrido a la autoridad para que ésta compeliere a los vecinos a prestársela, pero con la eleccion del nuevo alcalde el ayuntamiento no se habia aun ocupado en su exigencia.

Contrariado con este contratiempo, estaba discurriendo con los soldados sobre lo que debia hacer, cuando sintió que llamaban con estrépito a la puerta de la casa.

—¡La justicia, mi capitan! exclamó azorado Robolledo.

—Abrid, respondió don Alvaro, fingiendo una calma que estaba mui léjos de sentir.

Pedro entró acompañado del escribano i los alguaciles.

—¡Vos aquí! exclamó sorprendido el capitán.

—Soy el alcalde del pueblo.

—¿I qué quiere conmigo la justicia?

—Pronto lo vereis

—¿Cómo es eso? ¿Ignorais acaso mis fueros? ¿Qué teneis que hacer conmigo?

—Señor alcalde, respondió Rebolledo, proporcionad al señor don Alvaro los bagajes que necesita para marcharse.

—Nó, en mi vida.

—Mirad que no están léjos las tropas i pudiera pesaros vuestra obstinacion.

Crespo nada contestó, i dirijiéndose al escribano, le ordenó prender a los soldados, añadiendo en seguida: Dejados solos que me importa hablar en secreto con el capitán; i no tardeis en volver con los vuestros colocándoos en la pieza vecina al alcance de mi voz.

En valde los soldados intentaron hacer resistencia, pues no habia otro partido que obedecer i seguir al escribano i ministriles a la cárcel de la aldea.

El alcalde i el capitán quedaron pronto solos i mirándose frente a frente,

—Solos estamos ya, dijo don Alvaro, ¿qué quiere ahora la justicia conmigo?

—Nada, señor don Alvaro, no vengo a hablaros como magistrado sino a confiaros mis penas como hombre.

—Entónces, hablad.

—Salgan del alma los sentimientos que la despedazan, prosiguió enternecido Pedro Crespo, porque tal es mi situacion, don Alvaro, que prefiriera la muerte al estado en que me veo.

Soy un hombre de bien, i a poder escojer mi nacimiento, nada hallariais en él que desdijese de vuestra hidalguía. Pero, aunque nací villano, mi conducta honrada me captó desde mui jóven la estimacion de todos. El cabildo i el consejo hacen de mí confianza i, a Dios gracias, no hai labrador mas rico en toda la comarca.

—Prolijo estais.

—Tened paciencia i oidme. Mi hija fué criada en el mayor reconocimiento i virtud i era hasta ahora el espejo en que se miraban las doncellas de la aldea. Si es hermosa, díganlo los extremos que por ella habeis hecho, aunque fuera mejor que lo dijeran mas bien mis lágrimas. ¡Ai, que de esa hermosura ha venido toda mi desdicha! Pero, señor, no apuremos toda la ponzoña que encierra el vaso, dejemos algo al sufrimiento i hagamos algo por enmendar lo que ha pasado.

—¿I qué quereis?

—Es tan grande mi desdicha que ya no puedo ocultarla, que a haber otro remedio, no vendria a pedíroslo a vos. Os propongo un partido que a mí me conviene i a vos no os está mal. Tomad desde luego mi hacienda toda, sin dejar nada para mi sustento

aunque haya de quedar pidiendo limosna por los caminos. Si esto os pareciere todavía poco, ahí estamos yo i mi hijo, echadnos al cuello una cadena, vendednos como esclavos i nuestro precio aumentará la dote de Isabel.

No creo que desluzcais vuestra fama enlazándoos con la hija de un labrador, que el refran de Castilla dice, i lo dice con razon, que el caballo es el que lleva la silla, i así lo que vuestros hijos perdieren por ser mis nietos lo ganarán por venir de vos.

¿Nada decis, señor?

El capitan callaba.

—Mirad que os lo ruego de rodillas, siguió Crespo cayendo a las plantas de don Alvaro. Mirad que soi un anciano, que estoi ofendido i que soi padre. Mirad que solo os pido mi honor, i de tal modo lo hago, que parece no fuera mio lo que os estoi pidiendo.

—¡Basta! repuso colérico el capitan.

—Ved que puedo tomar por mis manos la honra que me debéis.

—Callad os digo, viejo cansado, i pensad que no os mato, porque Isabel me deba ese favor.

—¡Don Alvaro!

—Si pretendéis vengaros por las armas, bien poco podreis hacer, si como justicia, no teneis jurisdicción sobre mí.

—¿No os mueven mis lágrimas?

—Dice el refran que lágrimas no se han de creer, en viejo, niño, o mujer.

—¿Nada hareis por calmar mi dolor?

—¿Qué mas que dejaros salir con vida?

—Mirad que a vuestras plantas.....

— ¡Que enfado!

—Mirad que soi el alcalde de Zalamea.

Al pronunciar estas palabras, la fisonomía de Crespo se habia trasformado. Las lágrimas que ha poco inundaban sus mejillas, parecían haber vuelto en tropel a su corazón; su voz era sonora i firme, sus ojos amenazaban i su mano cojía la vara del mando, que como inútil habia dejado en el suelo momentos ántes.

El padre se iba; solo quedaban el juez i el reo.

—El consejo de guerra solo puede juzgarme, respondió el capitan con altivez.

—¿Eso resolveis?

—Sí.

—¿No hai mas remedio?

—Para vos, el de callar.

—¿Ningun otro?

—Nó.

—Pues os juro, por Dios vivo, que habeis de pagar vuestro crimen. ¡Hola! ¡alguaciles!

El escribano i sus alguaciles se presentaron al llamado de su jefe.

—¡Prended al capitan! gritó Crespo, con voz amenazante.

—¿Cómo es esto? ¡con un hombre como yo!

—De aquí no saldreis, sino preso o muerto. ¡Daos a prision!

—No puedo defenderme. Vos respondereis al rei de semejante atropello.

—Yo tambien le diré algo de vos. Capitan, entregadme vuestra espada.

—¿Tambien ese baldon?

—¿Como nó si vais preso?

—¡Respetadme!

—Eso sí, respeto, mucho respeto, interrumpió irónicamente el alcalde, dirijiéndose a sus ministriles; echadle al cuello una cadena i un par de grillos a los piés, todo esto sin falta a los respetos que debemos al señor capitan. Despues. . . . , capitan, se averiguará la causa i vive Dios que si salis culpable, os he de ahorcar con el mayor respeto.

—¡Villanos con poder! exclamó con desden don Alvaro; i sin resistencia de su parte, se dejó llevar a la cárcel.

XIV.

LA JUSTICIA DE LA ALDEA.

Una hora despues el capitan don Alvaro de Ataide estaba sentenciado a muerte.

La causa era fácil de sustanciar; el reo no negaba su culpa ni estaba tampoco dispuesto a repararla. Los soldados confesaron todo ante la amenaza del tormento, i dos de ellos habian recibido su castigo, pues Rebolledo mas afortunado que sus compañeros, logró, fugándose escapar a los azotes, a que el inexorable alcalde lo tenia candenado igualmente que a sus compañeros.

Zalamea toda estaba vivamente excitada por la novedad del suceso.

Los vecinos, enemigos como hemos dicho de los soldados, aplaudian el fallo del alcalde, felicitándose de haberlo elejido para escarmiento de criminales i defensor de la honra de las familias.

El único que no estaba alegre era Pedro Crespo.

Los pesares lo atormentaban a mas de la desgracia de su hija.

Rebolledo se habia fugado i sin duda iba instruir a don Lope de lo acontecido, i el viejo jeneral no dejaria sin venganza avance como este de la autoridad ordinaria sobre los fueros militares.

Personalmente nada temia, solo lo contristaba la suerte de su pueblo, pues él estaba decidido a no ceder.

Por otra parte la situacion de Juan lo traia lleno de inquietudes.

¿Qué habria sido del honrado mozo?

¿Dónde se habria ocultado?

¿Cómo escaparia de don Lope, si llegaba a haberlo a las manos?

Era preciso hacer algo por ese hijo querido.

Desde el primer momento, alguna jente de confianza habia ido en su busca, pero los emisarios volvian sin haberlo hallado en ninguna parte.

Acongojado por esta causa, salia de las casas consistoriales acompañado de muchos individuos del pueblo, cuando a la puerta misma se le presentó el mancebo, rotos i ensangrentados vestido i daga, i en un aspecto que indicaba sobrado la agitacion de su alma.

—Juan exclamó el severo padre, ¿qué es esto?

—¡Tener honra! respondió el jóven mostrando a su padre la sangrienta daga.

—¿Es honra dejar un soldado las banderas de su rei i herir en el monte a su propio capitan?

—Fué por vengar tu honor i el mio.

—¡Eh! basta; alguacil, llevadle preso.

—¿A tu hijo tratas así? preguntaron admirados los que rodeaban al alcalde.

—Igualmente obraria si se tratara de mi padre.

—¿Sabeis, padre mio, que el capitan deshonoró a mi hermana?

—Lo sé, mas como majistrado debo averiguar cuál es tu culpa.

Nada valieron los ruegos del vecindario ni las símpatias que todos demostraban en favor de Juan, que sin demora fué llevado a la cárcel.

Pedro Crespo se dirijió a su casa.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Concluirá.)



LEYENDA.

(DISTINGUIDA CON MENCIÓN HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN DE 1874.)

(Continuación.)

LOS DOS AMIGOS.

Un día que de un paisaje
Hacia Luis el bosquejo,
Entró un joven al taller
I este diálogo tuvieron:

LUIS.

—Adelante, buen amigo.

EL JÓVEN.

—Felicidad, compañero.
(I despues de estas palabras
Un fuerte abrazo se dieron.)

LUIS.

—¿Desde cuándo por acá?

EL JÓVEN.

—En este momento llego,
Dejé la playa arjentina
Por variar temperamento.

LUIS.

—¿I ya te encuentras del todo
Restablecido?

EL JÓVEN.

—Los médicos
Me niegan toda esperanza
De mejoría.

LUIS.

—Dar crédito

A los doctores a veces
Es un engaño completo,
Hai enfermos desahuciados
Que viven mas que los buenos.

EL JÓVEN.

—Eso es verdad, i yo, amigo,
A no sentir lo que siento,
Pensara de igual manera.
Mas ¡ai! bien claro estoi viendo
Que el pronóstico se cumple
De los hijos de Galeno!

LUIS.

—¿I qué réjimen de vida
Debes llevar, segun ellos?

EL JÓVEN.

—Vivir del todo tranquilo,
Olvidando los recuerdos
Que ajitan i que destrozan
El corazon en mi pecho.

LUIS.

—Si eso han dicho los doctores
Sus razones tendrán ellos,
Por lo cual, es conveniente
No abandonar sus consejos;
Aunque es verdad que hai enfermos
Que viven mas que los buenos.

EL JÓVEN.

—Eso es verdad; pero, amigo,
Es imposible; no puedo
Olvidar a la mujer
Oríjen de mi tormento.

LUIS.

—¿I no has tenido noticias
Que indiquen su paradero?

EL JÓVEN.

—Ninguna absolutamente.

LUIS.

—Amigo mio, lo siento.

EL JÓVEN.

—I por acá ¿qué se dice?
¿Tenemos algo de nuevo?

LUIS.

—Por lo que hace a mi carrera
Algo notable tenemos.

EL JÓVEN.

—¿Cómo así?

LUIS.

—Hace dos meses
Que unos cuantos caballeros,
Admiradores del arte,
Ofrecieron un gran premio
Al artista que exhibiera
La pintura de mas mérito,
En un plazo, amigo mío,
Que mañana tiene término.

EL JÓVEN.

—Lo celebro con el alma
I me alegrará en extremo
Que triunfes de tus colegas
I que te lleves el premio.
I el cuadro que tú has pintado,
Amigo, con tal objeto
¿Es alguna de estas joyas
Que en este salon contemplo?

LUIS.

—No apliques tal nombre, amigo,
A mis borroneados lienzos,
Porque despues no sabrás
Que nombre dar a los buenos.

EL JÓVEN.

—Aunque profano en el arte
Hace tiempo que ya tengo
La costumbre de llamar
Por su nombre a cada objeto.

LUIS.

—Entónces sabrás, amigo,
Que el cuadro que yo presento
Al concurso, no es ninguna

De las *joyas* que aquí tengo.
Porque hace diez días hoi
Lo he presentado al consejo
O junta que se ha nombrado
Para que decida el premio.

EL JÓVEN.

—¿Es algun asunto histórico
El que has pintado en el lienzo?

LUIS.

—Histórico, sí, querido,
Para su autor.

EL JÓVEN.

—No comprendo.

LUIS.

—Representa una cautiva
En el araucano suelo,
Al lado de un gran cacique
De esas tribus de guerreros....

EL JÓVEN.

—De esas hordas de salvajes
Querrás decir.

LUIS.

—Cuánto siento
Que te expreses de tal modo
Al hablar de aquellos pueblos,
Los mas valientes quizás
Que soporta el mundo entero.
¡Salvajes! ¡ah! ¿Qué dirías
Al que falto de respeto
De los hijos de la España
Hablara en iguales términos,
Sin otra razon, amigo,
Que por verlos defendiendo
Palmo a palmo el territorio
En que felices nacieron?
Al que defiende a sus hijos,
Su mujer i patrio suelo,
Es injusticia tildar
Del modo que tú lo has hecho.
La loba que despedaza
Con garra i diente sangriento
Al cazador atrevido

Que le roba a sus lobeznos,
Mas que fiera, en ese instante,
Es un sublime modelo
De cariño, es una madre
Que defiende a sus chicuelos.
De tal suerte el araucano
Que hiere i mata tremendo
A los ambiciosos que,
A fuerza de plomo i fuego,
Van, poco a poco, tenaces
Sus haciendas destruyendo;
En vez de tribus salvajes
Sin leyes ni sentimientos,
Son héroes que protestan
Del yugo del extranjero,
Son colosos que proclaman,
Lanzas i picas blandiendo,
Que el bien de la libertad
Es una herencia del cielo!

EL JÓVEN.

—Bravo, bravo, buen amigo,
Has hecho un discurso espléndido
Del araucano en defensa,
I vencido me confieso.
Mas, ¿qué relacion histórica
Tiene contigo ese lienzo?

LUIS.

—La de habérmelo inspirado
De mi niñez el recuerdo,
Porque has de saber, amigo,
Que mis ojos se han abierto
Bajo los bosques floridos
De aquel no domado suelo.
I que los dos personajes
Que he pintado en ese lienzo
Son, amigo, de mis padres
Los retratos verdaderos.
Por esto comprenderás
Que circula a un mismo tiempo
Sangre goda i sangre indíjena
Por las venas de mi cuerpo.

El jóven casi corrido
Al escuchar tales términos,
Estrecha la mano a Luis
Diciéndole:—Amigo, siento

Con el corazon i el alma
El lenguaje descompuesto
Que usé al hablar de los hijos
De tu patria.

LUIS.

—Yo no pierdo
A un amigo como tú
Por dichos que lleva el viento.
Quien ofende sin querer
Es digno siempre de aprecio.
Pero pasando a otra cosa
Mas agradable, por cierto,
Has de saber, buen amigo,
Que con el ángel mas bello
Dentro de poco me caso.

EL JÓVEN.

—¿Te casas? ¡ah! lo celebro,
I no puedes figurarte
Cuán grandes son mis deseos
Por conocer a la bella
Que absorbe tu pensamiento!

LUIS.

—Podemos ir cuando gustes,
Esta noche, por ejemplo.

EL JÓVEN.

—Discúlpame, Luis querido,
Por esta noche no puedo,
De Valparaiso a Santiago
El viaje es largo i molesto,
I yo que recién acabo
De hacer tal jornada, siento
Que necesitan reposo
Mis bien fatigados miembros.
Pero mañana, sin falta,
Tendré el placer no pequeño,
De ofrecer a la futura
Mi amistad i mis respetos.

UNA SITUACION DESESPERANTE.

El artista don Luis va por la noche,
Siguiendo la costumbre que tenia,
A casa de Ferrol, i la llegada
De su excelente amigo comunica.

I despues de narrar con elegancia
Las cualidades que acreedor lo hacian
Al aprecio de todas las personas,
De condicion humilde o distinguida,

Lo conocí, repite, hace seis meses
A bordo de la nave en que venia
De regreso a mi patria, i, desde entónces,
El dulce lazo de amistad nos liga.

Impulsada Matilde por la fuerte
Curiosidad que a la mujer domina,
Suplica al jóven que pronuncie el nombre
Del sujeto feliz que así idealiza.

—¡Del sujeto feliz! ¡ah! permitidme,
Le repite a Matilde el buen artista,
Que ántes de dar a conocer su nombre
A conocer os dé su pena impía.

—¿Acaso es desgraciado?—I ¿quién no lleva
En este valle de congoja mísera
Abrumada la frente de pesares,
I herido el corazon por cruel espina?

Por un recuerdo de feliz ventura,
¿Cuántos recuerdos hai que martirizan?
Pero, ¡a qué hablar de tristezas tales
A un ánjel como tú! Olvida, olvida,

Lo que incauto te dije, i, piensa solo
Que el mundo es campo de brillante dicha,
I que si en él existe un desgraciado,
Es solo una excepcion, amada mia.

—Mas ¡ai! en qué consiste la desgracia
De tu jóven amigo; si la dicha
Pudiera yo volver a su alma triste,
¿Con qué marcado afan se la daria!

—Bendiga el cielo tu deseo santo,
I ese tu corazon donde se abrigan
Tan puros i sublimes sentimientos,
Que enloquecen de amor el alma mia.

—Narradnos, pues, la historia, amigo mio,
Dijo Ferrol, i replicó la niña
Llena de animacion:—Sí, sí narradla.
I de esta suerte prosiguió el artista:

—Entre los tripulantes de la nave
Que a las costas de Chile me traia,
Llamaba mi atencion, por su tristeza
Un jóven de figura distinguida.

Por las noches brillantes i serenas
Siempre he tenido decision magnífica,
Por que sueño feliz, i sé que solo
Soñando el hombre con placer respira.

Por esto, miéntras todos en la nave
Al descanso obedientes se rendian,
Velaba yo feliz en la cubierta
Al dulce halago de marinas brisas.

Una de aquellas noches adoradas
En que vagando mi alma se finjia,
Contemplando del mar las verdes olas,
Brillantes cuadros de perenne dicha,

Un suspiro sentí, suspiro triste,
Que conmovió del corazon las fibras,
I, sin quererlo ni saber su oríjen,
El llanto humedeció mis dos pupilas.

Tendí la vista hácia el lugar de donde
Nació el suspiro que llorar me hacía,
I de la nave en el extremo opuesto
Un bulto divisé que se movia.

Quedé observando aun, i ví que el bulto
Era un hombre de talla distinguida,
El cual de un salto i sin recelo alguno
Hácia el fondo del mar se precipita!

Al ver desgracia tal, salvé el espacio
Que de él me separaba, i parecia
Que poder superior me daba empuje
Para salvar al infeliz la vida.

Por suerte de los dos, hallé al incauto
Prendido de la ropa que vestia
A una verja de acero que la nave
Junto con la baranda allí tenia.

Con fuertes brazos lo tomé al instante,
I al verse libre ya triste me mira
Hablando de esta suerte:—"Caballero,
Gracias, mil gracias, por tu accion magnífica.

"Mas, si he de hablarte con franqueza, creo
Que si supieras la congoja mia,
Por salvar esta vida que desprecio
No hubieras desplegado tanta prisa!"

Como me hablara así, por el oríjen
Le pregunté de su desgracia impía,
I él, lanzando un suspiro, de esta suerte
Toda la historia de su mal me pinta:

—“En duda pongo que en la tierra toda
Un sér mas desgraciado que yo exista,
He visto el cielo, i al tocar sus puertas
Lo he visto por mi mal hacerse trizas.

“Con una jóven de belleza suma
Desposarme bien pronto yo debia,
Para lo cual contaba con la vénia
De mi futuro suegro i de la niña.

“Mas ¡ai! la muerte de mi amado padre
Del enlace feliz postergó el dia,
I cuando asuntos de interes llamaban
Del todo mi atencion, negra perfidia,

“La hermosa vírjen de mis sueños de oro,
Con el autor de sus hermosos dias,
Huyeron ¡ai! sin que hasta ahora sepa
Do se halla el ángel que me da la vida!

“Yo no me explico, nó, por mas que pienso
La razon que a la fuga los obliga,
Desde luego que yo, como ya he dicho,
Contaba con las vénias requeridas.

“Desde entónces, señor, errante vago,
En busca de mi dulce fujitiva,
De ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo;
Cual hoja seca que arrancó la brisa.

“Hai personas que creen que la riqueza
Es bálsamo feliz de toda herida,
I que puede calmar los sinsabores
De este largo penar que llaman vida.

“Yo he querido probar con mi experiencia
Si lo que así se dice no es mentira,
I he visto que el dolor es cual la muerte
Que a todos brinda su terrible acíbar!

“He viajado, señor, con mi dinero
He comprado do quier muchas sonrisas,
He rendido bellezas a mi antojo,
I todo sin atajo ni medida.

“Mas nada de esto por mi mal tremendo
Ha podido arrancar del alma mia
Este agudo sufrir, puesto que todo
Al traves de mis penas distinguia!

“Las impresiones de mis viajes todos
En un fastidio cruel mas me sumian,
I mi alma fué secándose por grados
Como las hojas que arrancó la brisa.

“Cansado de luchar con mi desgracia,
Sin saber si me arrojó a mayor ruina,
He tomado un pasaje en esta nave
Que nos lleva de Chile a las orillas.

“Mas ¡ai! como el dolor que experimento
Dentro del corazón es sin medida,
Quise cobarde en las salobres olas
Ahogar por siempre mi congoja impía!”

ROSENDO CARRASCO.

(Concluirá.)

DICCIONARIO DE CHILENISMOS

POR

ZOROBABEL RODRIGUEZ. (1)

ARTÍCULO PRIMERO.

Todo extremo es vicioso. A mediados, i aun mas allá, del siglo XIX, es imposible que hablemos como en tiempo de los Reyes Católicos; mas tampoco es justo que por negligencia, ignorancia o capricho vicemos, corrompamos o destruyamos la hermosa lengua de Garcilaso i San Juan de la Cruz, de Herrera i Cervántes.

HARTZENBUSCH.

Audacia será talvez la mia; pero es lo cierto que despues de recorrer las instructivas pájinas del hermoso volúmen que acaban de dar a luz las prensas de Santiago i cuyo título he puesto a la

(1) Un volúmen en 4.º de 488 pájs. — Santiago, Imprenta de *El Independiente*, 1875.

cabeza de estas líneas, impulsado me he sentido a estampar aquí la impresion que su lectura me ha causado, dando una idea de las enseñanzas que contiene i que ningun aficionado al cultivo de las letras está exento de necesitar, i apuntando a la vez las observaciones que dicha lectura me ha sujerido. ¿Por qué no confesarlo con leal franqueza? El *Diccionario de Chilenismos* es una de las obras mas importantes que, desde la publicacion de la monumental Gramática de don Andrés Bello, se hayan publicado hasta ahora en América para honra de nuestra jóven literatura, provecho real i efectivo de la juventud estudiosa i justísima gloria de su bien reputado autor.

La enseñanza gramatical, excusado es decirlo, se ha hecho i continua haciéndose en nuestros colejos de una manera asaz incompleta i defectuosa, como puede comprobarse a cada paso observando atentamente lo que sucede en la práctica. Sale un jóven de las aulas despues de haber concluido sus estudios gramaticales; sale muchas veces precedido de las recomendaciones de su profesor, i lo que es mas, llevando consigo el premio que por su aplicacion i por su aprovechamiento ha merecido; pedidle que os redacte un párrafo sobre cualquier asunto i vereis cómo, con todas sus reglas i sus teorías, apénas si puede trazar una línea sin tropezar con dificultades, ora en la construccion de la frase, ora en la eleccion de las palabras que han de servir a la expresion de su pensamiento. Avanzad un poco mas, ejercitadle en la escritura i todavía encontrará obstáculos; escaso, absolutamente escaso como tiene que ser su vocabulario, si no se le ha familiarizado con la lectura de nuestros clásicos. Eso sí: tendrá en su cabeza un buen caudal de novelas leidas i releidas en el órden que se le presentaban, i habrá recojido en ellas un caudal no ménos abundante de jiros bastardos i voces todavía mas dignas que esos jiros de ser condenadas a perpetuo aniquilamiento. Así, habrá recojido no solo la zizaña que tanto abunda en la jeneralidad de las traducciones del francés a un idioma que está mui léjos de ser el español, i la no ménos abundante del grueso de las novelas españolas i americanas, cuyos autores [suelen ser i son desapiadados verdugos de la hermosa lengua castellana.

Mis habituales tareas me han dado oportunidad para registrar continuamente no solo las columnas de la prensa periódica sino tambien las novelas que se publican, sea por entregas, sea por volúmenes. Ahora bien: puedo certificar, i muchos lo certificarán conmigo, que todo aquello no es las mas veces sino un fárrago indijesto de palabras afrancesadas, inventadas o malamente elejidas que se unen entre sí formando construccionnes que son una blasfemia contra la buena locucion castellana. En el mal que aquí apunto tiene una parte mui principal la prensa diaria, donde se escribe a roso i velloso, como quien dice rompiendo cinchas, i donde la lima es instrumento que pocos servicios presta. Da grima leer ciertos artículos de periódico, tan insustanciales como

pésimamente redactados, los cuales gozan, no obstante, del privilegio de ser leídos por un público a todas luces nada escrupuloso para admitir gato por liebre en materias de gramática o literatura.

Hoy, a la verdad, podemos decir que hemos dado importantísimo paso en este terreno. Un buen número de jóvenes estudia desde tiempo atrás con decidida aplicación la gramática de la lengua i trata de poseer sus tesoros, habiéndolo conseguido ya en mucha parte. Las *Apuntaciones críticas* de Cuervo, obra que no debía faltar en el escritorio de nadie que al cultivo de las letras se dedique; el *Diccionario de galicismos* de Baralt, la obra de Garcés, la Gramática i el *Diccionario de la Academia*, etc., etc., figuran en primera línea entre los libros predilectos de esos jóvenes. De aquí sus adelantamientos mas o ménos rápidos, visibles hoy a la vista de quienquiera que se tome el trabajo de comparar un poco. A la forma desgredada, incorrecta, bastarda, va sucediendo paulatinamente otra mas castigada i mas en conformidad, por tanto, con la índole de la lengua i la enseñanza de los maestros. Es lo que prueban nuestras revistas literarias i mui principalmente la en que estas líneas escribo i en cuyas columnas mas de una vez se han dilucidado con brillo cuestiones gramaticales i filológicas.

Obrero activo i distinguido en esta hermosa i comun labor, ayudando i enseñando con su ejemplo, sirviendo casi siempre de guía a un no pequeño grupo de jóvenes escritores, ha sido don Zorobabel Rodríguez, justamente estimado aun entre sus adversarios como literato i periodista. En 1873 publicaba con jeneral aplauso su *Miscelánea* (dos volúmenes en 4.º) i hoy nos ofrece un libro mucho mas importante i llamado a prestar utilísimos servicios. No necesito decir que me refiero al *Diccionario de Chilenismos*. El papel es excelente, limpia la impresión i cómodo el tamaño del tipo. Por sobre todo esto brillan las cualidades intrínsecas de la obra, como quier que tiene por objeto poner a la vista del lector los provincialismos de palabra o de frase que mas afean nuestro estilo.

El nombre del señor Rodríguez será por sí solo para muchos recomendación bastante en favor de la obra; para aquellos que, a pesar del nombre del autor, duden de su importancia, no será inútil que se les dé a conocer, siquiera sea suscitadamente, el *Diccionario*. Tal es la tarea que voy a procurar llevar a cabo, sintiendo solo que mi pobre inteligencia i mis escasos conocimientos obstenan a que lo haga tan cumplidamente como deseo.

En el prólogo de su libro, el autor explica así el objeto que, al escribirlo i publicarlo, ha tenido en vista:

“La incorrección con que en Chile se habla i escribe la lengua española, es un mal tan jeneralmente reconocido, como justamente deplorado. Dos jeneraciones han pasado ya por las aulas des-

de que los señores don Andres Bello i don José Joaquin de Mora echaron en nuestro pais los fundamentos de los estudios gramaticales; i si es cierto que, sin cerrar los ojos a la evidencia, no podrian negarse las jornadas que hemos hecho por el buen camino, cierto es tambien, por desgracia, que aun está mui léjos de su terminacion la obra iniciada en favor del buen decir por aquellos ilustres extranjeros

“¿De qué proviene la inferioridad (la de Chile respecto a otras repúblicas) que acabamos de señalar? No sin duda de que Chile sea en América lo que fué Beocia en Grecia, o lo que es Galicia en España, tierra de mulleras cerradas i de lenguas de trapo. El mal trae su oríjen de otra parte; nace de un gran vicio que hai en la enseñanza de la gramática castellana. Si ésta no es mas que el arte de hablar i escribir correctamente el español, i si notamos tantos i tan groseros errores en los escritos, no solo de los que han dado exámen de aquel ramo, sino tambien de los profesores que lo enseñan, hai motivos para presumir que existe un vacío de importancia o en los métodos o en los textos porque se enseña.

“Para darse cuenta de él, basta ponerse en el caso de un jóven que, despues de haber dado su exámen de gramática (i aun de literatura si se quiere) presenciase en la *barrá* del Congreso un desórden en que se cruzasen los gritos, los silbos i los golpes, i se viese en el caso de escribir sobre él un artículo para la gacetilla de un diario. ¿Qué título dará al suelto? La primera palabra que se le viene a la memoria es *leona*; pero ¿es *leona* una palabra castellana? i siéndolo ¿deberá escribirse *leona* o *liona*? En la duda procura recordar algunos sinónimos: *zafacoca*, *bochinche*, *batahola*, i algunos otros mas se le ocurren aumentando sus perplejidades i dejándolo sumido en mas oscura incertidumbre. Si en tal conflicto apela a su gramática, a su texto de literatura i a su manual de composicion literaria, despues de pasar uno a uno sus preceptos, sus reglas, sus modelos, tendrá que reconocer al fin, desalentado, que de allí no puede venirle la luz que necesita. Al fin de cuentas escribirá, salga lo que saliere, o se echará a la pesca de sus palabras en el inmenso mar de los diccionarios de la lengua. Pero lo primero no es desatar el nudo, sino cortarlo; i lo segundo seria imponerse una tarea excesivamente pesada, que habria medio de hacer mas llevadera.

“Ese medio es el que ofrecemos a la juventud estudiosa, dando a la estampa el presente *Diccionario de Chilenismos*.

“El no pretende hacer inútil el estudio de la gramática castellana, ni excusar a los que deseen expresarse correctamente el trabajo de consultar con frecuencia, ya el Diccionario de la Academia, ya los de Sinónimos castellanos, ya el de Galicismos de Baralt, ya el Etimológico de Monlau. Pero aun así, siempre serán de valía los servicios que prestará a los estudiosos, dándoles un fácil medio de evitar los errores mas comunes que, hablando o

escribiendo, se cometen en nuestro país en materia de lenguaje.”

Señala, en seguida, el autor el contenido de su obra.

Hai allí un buen número de chilenismos i provincialismos americanos, muchos de ellos con su etimología, dispuestos en orden alfabético, con sus correspondientes castizos, i numerosos ejemplos de escritores nacionales i extranjeros que comprueban el significado cierto i exacto de las voces.

Así, el escritor que abrigue duda acerca de la legitimidad de una voz que desee emplear para manifestar su pensamiento, no tiene mas que abrir las páginas del *Diccionario*, i si esa voz es un chilenismo, bastarále recorrer algunas líneas para tropezar con la palabra castiza, autorizada por el *Diccionario de la lengua* i el uso de los clásicos.

¿Es esto, por ventura, un servicio insignificante para las personas que quieran expresarse, de palabra o por escrito, con toda propiedad i corrección? ¿No es, al contrario, a todas luces evidente que el libro que trato de dar a conocer facilita de una manera extraordinaria el conocimiento del idioma? Porque no hai que forjarse ilusiones: en el cuerpo de la obra se citan ejemplos sacados de los libros de nuestros mas distinguidos escritores, literatos, historiadores o novelistas, los cuales ejemplos señalan impropiedades en el uso de ciertas voces e indican el medio de corregir el error. En esas impropiedades han incurrido escritores de la talla de los señores Amunátegui, Barros Arana i hasta una o dos veces el mismísimo don Andrés Bello. ¿Qué pensar entónces de los principiantes o de los reclutas? ¿Qué de nuestros poetas, tan poco cuidadosos de la forma?

Véase una muestra siquiera sobre el punto en que me ocupo.

En su obra *Los Precursores*, don Miguel Luis Amunátegui ha escrito lo siguiente:

“Se preparaban en algunas *curtiembres* algunas malas suelas i algunos malos cordobanes.”

El señor Rodríguez transcribe estas líneas i enseña que, según el *Diccionario de la Academia*, la tenería u oficina en que se curten pieles se llama *curtiduría*; i, según Salvá, *curtumbre*.

Vaya un ejemplo todavía mas notable que el anterior.

Don Andrés Bello dice lo siguiente en su *Ortología*:

“No parece haber razón alguna para pronunciar *Avila*, *abogado*, *bermejo*, *bulto*, *buitre*, derivados de *ábula*, *advocatus*, *vermiculus*, *vultus*, *vultur*.”

El señor Rodríguez sostiene que el señor Bello se equivoca en lo que a *bulto* atañe, i hé aquí sus pruebas:

“El latín *vultus* no significa nada mas que *rostro*, *cara*, *semblante*. *Bulto* es en latín *corpus*, *moles*, *amplitudo*.

“Si alguien pretendiese sostener la opinión del señor Bello, arguyendo que, aun cuando en su origen *vultus* no significase mas que la cara, con el trascurso del tiempo i por extensión pasó a significar *volúmen*, *cuerpo*, *busto*, sería fácil contestarle con la di-

ferencia que siempre observaron los mejores i mas antiguos autores en la escritura de *vulto*, cara, i de *bulto*, volúmen. En efecto, no es racional suponer que se olvidase la primitiva ortografía solo para representar la voz en su acepcion traslaticia, conservándosela en la recta.

“Nadie ignora que hasta en los tiempos de Cervántes hubo escritores en España que, conociendo tan bien el latin como el castellano i dominados por la moda del culteranismo, se empeñaron en resucitar multitud de palabras de aquel idioma, con tan poca fortuna como gusto. Pues bien, *vultus* fué una de esas palabras, que siempre encontramos escrita con arreglo a su oríjen, *vulto*.”

En comprobacion de su tésis, cita el señor Rodriguez las autoridades de Calderon de la Barca, Covarrúbias i Tirso de Molina. Pone, pues, de su lado la verdad, sin que pueda caber el menor lugar a duda.

Paréceme tan importante el punto en que me ocupo, que voi a recordar otro ejemplo.

Don Domingo Arteaga Alemparte, en su traduccion del *Paris en América*, escribe lo siguiente:

“No me interrumpais, gritó con su voz mas agria i poniéndose en guardia como un gallo a quien *se le paran* todas las plumas.”

El verbo *pararse* está aquí impropiamente empleado. El señor Rodriguez enseña que este verbo dice en español *cesar en el movimiento o en la accion* i lo prueba con citas de los clásicos.

Este es el caso de que yo pregunte por segunda vez: ¿Puede ser poco útil un libro que en cerca de quinientas pájinas contiene enseñanzas semejantes a las que dejo mencionadas?

I no se vaya a creer por algunos espíritus suspicaces i poco juiciosos que el señor Rodriguez ha querido solo darse el placer de rastrear defectos en nuestros mas notables escritores para exhibirlos i censurarlos. Aun siendo el hecho cierto, como no lo es, su libro no desmereceria por ello, pues siempre quedaria en pié la utilidad de las enseñanzas que contiene. Pero la verdad de las cosas es que el señor Rodriguez registra sus propias obras, i saca i copia de ellas las frases que contienen expresiones viciosas o dígase chilenismos. Muchas i muchas muestras hai en el *Diccionario*. Pecó e hizo penitencia pública confesando su pecado. ¿Qué mas prueba puede exijirse en pro de su sana i nobilísima intencion?

Lo dicho no deja lugar a duda respecto a las gravísimas dificultades que se tienen que vencer para expresarse en buena locucion castellana. Cuando escritores como los citados incurren en defectos tales como el uso de voces no solo impropias sino tambien bastardas, repudiadas por el *Diccionario* i por los clásicos ¿habrá alguién tan neciamente presuntuoso que se imagine que no necesitará consultar de vez en cuando las pájinas del

Diccionario, porque no echará nunca mano de mal nacidos provincialismos?

Por lo demás, no se necesitan muchos esfuerzos de imaginación o de inteligencia para comprender el ímprobo trabajo que se ha echado sobre sí el autor en la composición de su precioso i utilísimo libro. Preséntase, desde luego, una dificultad de no poca monta: la de encontrar los chilenismos, distinguiéndolos perfectamente de las palabras castizas, autorizadas por el uso. Tiene Ud. ya los chilenismos.—¿Qué le falta? Pues es nonada: habrá de encontrar ejemplos adecuados para cada una de las voces, para las mas jeneralmente usadas por lo ménos, a fin de que el lector comprenda su verdadero significado.—¿Es esto solo?—Espere Ud.: hemos recorrido la parte ménos escabrosa del camino: encontrados los chilenismos i los ejemplos del caso, échese Ud. por esos mundos en busca de los diccionarios de la lengua, lea i estudie los clásicos i halle para cada chilenismo la palabra castiza que le corresponde. Esto hecho, cite Ud. autoridades respetables, verdaderas autoridades clásicas para dar fuerza i mérito a su enseñanza.

Hé ahí lo que ha hecho el señor Rodríguez.

Su libro es algo como un museo donde luce el autor una notable erudición de que pocos escritores sud-americanos han dado pruebas, al mismo tiempo que una seguridad de criterio i una finura de tacto que sorprende i encanta principalmente cuando entra a averiguar cuál es la etimología cierta o probable de las palabras. Verdad es que en algunos casos, apesar de estar decidido a no llegar a los extremos, se le puede argüir de que hila muy delgado. Pero, por lo jeneral, uno tropieza a cada paso con páginas curiosísimas en que campea un estilo vivo, animado, picante a las veces, al lado de muestras de una erudición filológica que admira. Pocos son los escritores clásicos españoles, antiguos i modernos, poetas i prosadores, que no sean por él citados oportunamente con el nombre de la obra de que se ha tomado el ejemplo. Idéntica cosa puedo afirmar con relación a los escritores americanos i relativamente chilenos. Tal acopio de materiales ha estado haciendo el señor Rodríguez desde largo tiempo atrás, que hasta desentierra sueltos de las gacetillas de los periódicos, así de Santiago como de las provincias, i párrafos de librerías tan oscuros i desconocidos, apesar de haberse publicado en Chile, que muchos lectores no los conocían ni tan siquiera de nombre. Allí ha ido a buscar chilenismos el señor Rodríguez i transcribe los ejemplos del caso. ¡Extraordinaria i paciente laboriosidad! Nuestros autores, en sus escritos, estampan en bastardilla toda palabra que segun su leal saber i entender, es provincial. Pues bien: en el *Diccionario* vienen numerosas citas donde se vuelve por el crédito injustamente ofendido de esas palabras i se les restituye su antigua prosapia, se les coloca en la categoría de castizas. Quien todo esto hace con exactitud i acierto, de-

juro que revela un estudio profundo del idioma español i un conocimiento no ménos profundo de nuestra literatura i hasta de la literatura americana, porque ésta i esotra son llamadas a cuentas por el autor, siempre que el caso lo hace necesario.

En sus investigaciones etimológicas, el señor Rodriguez acude en busca de las mas seguras fuentes, sin descuidar por cierto el quichua i el araucano, que le son familiares i dedonde nace talvez la gran mayoría de los chilenismos. A este respecto, copio del prólogo el siguiente párrafo:

“Con respecto a la ortografía de las palabras quichuas o araucanas, nos hemos desentendido a menudo de sus etimolejías, o mas exactamente de las letras con que las escribieron los diccionaristas de esas lenguas, para darles en lo posible una fisonomía española. Siguiendo a la Academia, a la Universidad de Chile i al señor Astaburuaga, escribimos invariablemente *g* inicial ántes de *ua*, aun en los casos, que son los mas, de hallarse en los vocabularios quichuas o araucanos esa combinacion precedida de *h*. Con las combinaciones *ue*, *ui*, hemos seguido una regla contraria anteponiéndoles siempre la *h*.

“La razon de este procedimiento está en que ninguna palabra española principia por *hua*, ni por *güe* ni por *güi*, i en la conveniencia de evitar al que escribe, en los dos últimos casos, el engorro de marcar la diéresis.”

Conforme estoi con el ilustrado autor del *Diccionario* en esta parte de su procedimiento ortográfico; i ya que el paréntesis es oportuno, ántes de pasar a otras consideraciones, ábrolo aquí para manifestar con mi jenial franqueza que no acepto su ortografía en algunas palabras que escribe con *y*, sin que se descubra la razon que haya tenido para ello. ¿Por qué escribir *ayuya* i no *allulla* o *hallulla*, como lo hace la Academia; *chaya* i no *challa*, etc.? No es posible alegar en favor de una tal ortografía la comun pronunciacion, porque, si esa pronunciacion es viciosa, despreciarla es lo justo. En favor de la *ll* milita la etimología, como quier que el señor Rodriguez indica que *challa* viene de *challoni* (en quichua *rociar*, *asperjar*.) Ni tan siquiera se puede alegar aquí la ventaja de evitar engorros al que escribe.

Acaso se invoque la autoridad del uso; pues el uso es vario i no queda otra fuente a que acudir que la etimología. En consecuencia, paréceme que lo mas acertado i corriente es escribir *allulla*, *challa*, salvo mas fundado parecer, i basta de paréntesis.

El señor Rodriguez no remata el prólogo ántes de cumplir con un acto de honradez literaria que hace todavía mas notorio el mérito indisputable de su obra. Menciona las principales fuentes en que ha ido a beber su doctrina i que le han servido para la composicion del *Diccionario*, deteniéndose especialmente al referirse al señor don Fernando Paulsen, su colaborador, para “manifestarle la gratitud que siente por sus favores i la admiracion que no ha podido ménos de despertar en el alma del señor Ro-

driguez, una tan rara erudicion hermanada con una tan singular modestia.”

No de otra manera se comporta el señor Rodriguez en el discurso de la obra, pues cita escrupulosamente las autoridades que le guian i cuyos juicios invoca en apoyo de su doctrina.

Así, despues de exponer el objeto del *Diccionario*, el plan que en él ha seguido, la utilidad que puede sacarse de su lectura; despues de poner a salvo su responsabilidad de autor, tiene perfecto derecho para entregar su obra a la luz pública i esperar no solo benévola sino entusiasta acogida de parte de los lectores, por mas que, en un exceso de modestia, alegue disculpas atento a que ha sido el primero en llevar a cabo entre nosotros un trabajo de tanta magnitud i que tanta ciencia, paciencia i erudicion demanda. Abre el señor Rodriguez un nuevo campo, hasta ahora inexplorado, a la juventud estudiosa; señálale los riquísimos veneros que se pueden allí beneficiar; píntale con vivos colores los atractivos de la jornada que se puede hacer, i explorador avezado e infatigable, anuncia que se propone emprender nuevamente un viaje durante el cual tan ricos tesoros la vez primera recojió. Acaso considera su trabajo como un ensayo: lo es, sin duda, tanto porque ningun otro igual ha intentado nadie llevar a cabo en Chile, cuanto porque con él el señor Rodriguez se extrema. Pero, ensayo i todo, apesar de los errores que al autor hayan podido escaparse, errores que nunca faltan en obra de escritor alguno, i de los vacíos que naturalmente debe haber, que el autor reconoce i se propone llenar en una segunda edicion, yo me apresuro a declarar que el *Diccionario* es por el pronto una obra maestra en su jénero, un monumento levantado para gloria de nuestra literatura i provecho de la juventud. No merece por cierto que se le reciba con la indiferencia que la crítica estirada i petulante tiene siempre preparada para los trabajos que no han salido de su seno. ¿Cuál de nuestros literatos no se sentiria honrado si fuese autor de una obra como la en que me ocupo? ¿Quién puede mirarla con desdeñoso modo sin probar con tal conducta su ignorancia e impotente presuncion? Nunca la conspiracion del silencio habria sido mas injustificable, ni nunca mas dignos de lástima serian los conspiradores, que, por estrechas miras de pandillaje literario, pretendiesen aplastar bajo el peso de sus desdenes la obra majistral del señor Rodriguez, que es hoi i con mas razon será mañana, corregidos los defectos de que adolezca, llenos ya los vacíos que en ella haya, justísimo timbre de codiciada gloria para la bien cortada pluma que la llevó a cabo.

A la verdad, la aficion a la buena lectura no es entre nosotros prodijiosa i falta ya poco para que se convierta en axioma un nada honroso aserto, a saber: los escritores en Chile publican sus libros a pura pérdida; el producto de sus obras no cubre ni tan siquiera los gastos de la impresion. El buen gusto literario es fruta bien escasa. Miéntas que los hombres de letras mas

distinguidos no encuentran sino tal cual lector, la literatura de baratillo i de figon alcanza un éxito brillante. Novelistas hai que apénas sí saben saludar a sus compañeros en frases medianamente intelijibles, i sin embargo, venden sus abortos por entregas i obtienen no despreciable utilidad pecuniaria. ¿Cuántas de esas novelas no habrá tomado mas de una vez en sus manos el lector con el propósito de leerlas, para soltarlas en seguida dominado por el sueño? A este respecto recuerdo un graciosísimo epigrama de Heine, que me dió a conocer en dias pasados un amigo. Dice, pues, Heine que cojió un mal libro con el intento de leerlo; recorrió la primera página i se quedó dormido; soñó que lo continuaba leyendo, dió un vuelco sobre el asiento i despertó azorado.

No se puede herir con mas certera mano ni mas aticismo a los zarramplines que se meten a escritores, i manejan una pluma siendo así que no les conviene otro instrumento que la azada.

No temo por cierto que la obra del señor Rodriguez, didáctica i recreativa a la vez, escrita con el buen gusto del literato, tropiece con la indiferencia del público. Dicho se está que es de las mas notables entre las que hasta ahora se han publicado en Sud-América i que en sus páginas hai útiles enseñanzas para todos. De ello he dado ya algunas pequeñas muestras en estas líneas, demasiado pobres para la obra maestra de que en ellas se trata, pero que ponen su pobreza bajo la salvaguardia de su sinceridad. Otras muestras tengo que escojer todavía, pues que de dar a conocer la obra se trata; pero esto será materia de otro artículo, porque el presente se ha extendido ya demasiado.

RÓMULO MANDIOLA.

LA CASITA BLANCA.

Pastorcito que conduces
Tus ovejas a triscar,
Dime, si eres de estas tierras,
Dime, dime dónde está
La linda casita blanca,
La alegría del lugar.
Diez años ¡ai! he pasado

Mas largos, mas, que un millar
Ganando algun dinerillo
Que aquí traigo en mi morral,
Para dote de la niña
De negros ojos de iman.
Dia i noche, me decia,
Dia i noche: ¿qué será
De la niña de mis ojos,
Del objeto de mi afan,
La de carita de cielo,
La de labios de coral?
A todos los que encontraba
Como yo en busca de pan,
Llenos de tierra i cansados
De su largo caminar,
¿Habeis visto, les decia,
Léjos, léjos, por mi mal
La linda casita blanca,
La alegría del lugar?
¡Ai! quién noticias tuviera,
¡Quién la viera una vez mas!
Con mi organito i mi palo
I a la espalda mi morral,
Andaba de puerta en puerta
En busca de caridad,
Entonando mis canciones
Tristes, mui tristes las mas:

¡Ai pobre del niño!
¡Que enfermito está!
Tan pobrecito i solo
¿Qué hará? ¿qué hará?
¡Ai pobre! que si no llena
De dinero su morral
¡Adios la casita blanca,
La alegría del lugar!

Pastorcito que conduces
Tus ovejas a triscar,
Dime, do está mi contento,
Que Dios te lo pagará.

—Fuera de este mi rebaño
Que es mi único caudal,
Nada sé, nada conozco,
Yo no os podré noticiar.
Leche tengo i ricos quesos
Por si habeis necesidad,

Que otra cosa es excusado
Pedirme, pobre zagal.

—Buen anciano, buen anciano,
Dios aumente vuestra edad;
De remotas tierras vengo,
Vengo en busca de mi hogar.
Lo abandoné mui pequeño
Con mi palo i mi morral,
I ora encuentro todo nuevo,
I ora no sé donde está
La linda casita blanca,
La alegría del lugar.
Buen anciano, buen anciano,
Decidme cuanto sepais;
Sea bueno, sea malo
Dispuesto estoi a escuchar.
Vuestros cabellos son blancos,
Avanzada es vuestra edad;
Si se acabó mi contento,
Vos me podreis consolar.

—¡Pobre niño! ¡pobre niño!
¡Ai! en mal hora llegais.
Mejor que llegaras nunca
Que ya bien para tí no hai.
Flores i árboles tan solo
Alzanse do ántes se alzaba
Lo que has venido a buscar.
Hace años, años, vinieron
Anjelitos a llevar
A la de rostro de cielo,
I de labios de coral.
Mucho sus padres lloraron
Mucho, su suerte fatal;
Su cuerpecito enterraron
A la sombra de un rosal,
Que siempre verde i florido
Las mas lindas flores da,
I a donde las avecillas
Se vienen siempre a posar
I a entonar sus dulces cantos
Por el ánjel del lugar.
¡Pobre niño! ¡pobre niño!
Vente conmigo a habitar,
Acompaña al triste anciano
Hasta que descanse en paz.
No pienses mas en tus penas,

No pienses en tu horfandad,
No te alejes de mi lado,
Nada aquí te faltará.

—Buen anciano, buen anciano,
Que os conserve Dios en paz;
Me voi léjos de estas tierras
Para ya no volver mas.
¡Se fué la casita blanca,
La alegría del lugar!
¡Se fué la de ojos de cielo,
La de labios de coral!

Santiago, abril 12 de 1875.

JUAN R. SALAS E.

EL PEUQUEN.

(LEYENDA POPULAR.)

Los celos son negras víboras,
Que en el pecho que los siente
Nacen para obrar el mal,
Se anidan para dar muerte.

C. WALKER MARTINEZ.

—Cuidado, niños, con ir al bosque, cuando se venga la tarde; pues, si el *peuquen* los encuentra, Dios, i nadie mas, podría darnos cuenta del lugar adonde se lleva a los chicos que andan sueltos a esas horas.

Así dice la anciana chilota a sus nietecillos, que, llenos de curiosidad, escuchan de sus labios mil historias peregrinas de duendes i aparecidos, que les ayudan a pasar alegremente la velada, miéntras los mas pequeñuelos se entretienen en arrojar cáscaras de frutas en el fuego del hogar, jugando i divirtiéndose a su manera.

Esta sana advertencia de la buena anciana, que ve caer en abundancia sobre los hijos de sus hijos las bendiciones del cielo, es una de las primeras máximas de propia conservación que los honrados habitantes del Sur enseñan a sus hijos, apénas pueden comprender los primeros peligros de la vida. I no sin razon; pues el *peuquen* es uno de esos jénios que por su oríjen desconocido i misteriosa existencia se hacen temibles en cualesquiera ocasiones.

Habitante de los bosques de avellanos, activo i audaz, pasa

todo el día cortando madera i derribando con un solo golpe de su hacha de palo los mas hermosos i robustos árboles, que el día anterior no mas se alzaban orgullosos i robustos en el bosque. Frecuentemente va a sentarse junto a las fogatas que hacen los leñadores para calentarse; pero ¡ai del que le mire, logrando sorprenderle! pues no tardará en manifestarse su venganza. Su espíritu de maldad se dirige mui especialmente sobre las mujeres i los niños, robando a éstos cuando se acerca la noche, i ejerciendo sobre aquellas un poder fatal de seducción, del que no les es posible librarse, sino por ciertos medios preventivos que no en todo caso suelen producir su efecto. En suma, el *peuquen* es el jénio temible de los bosques, i no hai persona, por mui valiente que sea, que se atreva durante la noche a pasar por esos lugares que él recorre a esas horas.

Previas estas razanes que dan una lijera idea del personaje que nos ocupa, vamos a narrar una de esas lúgubres leyendas que se comentan en las largas veladas, miéntras el viento i la lluvia con su ruido sordo amenazan las casitas de madera de los pobres habitantes del Archipiélago.

I.

—Rosalia ¿por qué no habrá llegado Francisco? Vé a la entrada del bosque; puede ser que halles algunas ramas secas con que calentarnos. Parece que esta noche vamos a tener aguacero.

Así decia una anciana, cuyo rostro cadavérico daba indicios de una cruel enfermedad, a su hija, que tejia en silencio a su lado.

La tarde era triste. Lentas i pesadas nubes enlutaban el cielo i un viento oeste estremecia la puerta de la habitacion.

Rosalia dejó de tejer i, abrigándose con un pañuelo de lana oscura, salió en direccion al bosque cercano.

El donaire i jentileza de la niña llamaban la atencion de los pocos que la veian pasar a esas horas. Rosalia era bella, en efecto; su tez lijeramente morena, sus ojos negros i vivos, la sonrisa halagadora de sus labios, sus trenzas sedosas i pobladas, la espiritualidad de todas sus facciones, su conjunto todo unido a cierta gracia especial en sus mas insignificantes movimientos hacian de ella una de esas mujeres que se ven muchas veces en sueños, pero pocas en la realidad de la vida.

Muchos habian pretendido la mano de la jóven isleña, muchos se le habian acercado, alentándose con la esperenza de poseer semejante conjunto de perfecciones i de atractivos; pero ella solo supo amar a Francisco, jóven leñador de las cercanías, con el que habia hablado en muchas ocasiones en el bosque, consagrándole todo el amor de que era capaz su virjinal corazon.

Pasado algun rato, llegó Rosalia al bosque de avellanos que estaba mas cercano a su vivienda. Las aves, recojiéndose a sus nidos, entonaban el triste canto de la tarde, i algunos insectos de luz revoloteaban entre los árboles, dando al paisaje cierta poe-

sia llena de tristeza i de misterio. Largo rato anduvo la niña vagando de un lado a otro en busca de algunos palos secos para llevar a su madre; pero todos los lugares que recorria estaban húmedos por la lluvia del día anterior. Algunas gotas de agua empezaban a desprenderse de las nubes i la niña seguia en su excursion, hasta que llegó a encontrarse completamente desorientada en medio de un laberinto de árboles sin salida.

La noche se acercaba. Era la hora de la oracion i las campanas vecinas tañian tristemente, como considerando a los sencillos habitantes del lugar a recordar en sus oraciones las almas de sus deudos i párientes que dejaron la vida. Rosalia, al mirarse sola en aquel sombrío lugar, tuvo miedo. Recordó llena de espanto algunas lúgubres historias que en otro tiempo habia oido a su madre, sobre doncellas extraviadas en el bosque al acercarse la noche que no habian vuelto a aparecer; jóvenes leñadores que al venir el día habian sido hallados casi sin aliento, no atreviéndose a referir cosa alguna de lo que les habia pasado; i, por fin, quejidos, ayes de angustia habíanse dejado oír en esos lugares i en esas horas muchas veces, sin que nadie se atreviese a dar un paso por saber lo que ocurría. Pensando en estas cosas, habia resuelto ya buscar un camino para volverse a su habitacion, cuando oyó golpes de hacha a poca distancia.—Algun amigo de Francisco será talvez, se dijo; i reanimado algun tanto su espíritu, apresuró el paso, dirijiéndose al lugar de donde le parecia provenian los golpes.

Ya hubiese algo de real o fuese todo producto de su imaginacion exaltada, la asustada niña creia oír a las hojas exhalar tristes quejidos bajo sus piés, i poblarse el aire de ruidos extraños, i a las ramas de los árboles movidas por el viento, conversando entre sí con un lenguaje misterioso, imposible de comprender; de tal manera que, poseida de un terror supersticioso, apenas podia andar. Sin embargo, a los pocos momentos, sorprendida, helada casi de espanto, vió cerca de ella a un hombrecillo, si tal podia llamarse, que no se levantaria media vara del suelo, apoyado en una hacha de palo, que de ninguna manera guardaba proporcion con la excesiva pequeñez de sus miembros. Su traje de una forma extraña era del color del avellano; un sombrero alon, hecho al parecer de la corteza del mismo árbol, cubríale toda la frente, dejando apenas ver sus ojos de una viveza extraordinaria, que brillaban dentro de sus órbitas como ascuas; su barba i sus cabellos, asemejándose a las raices mas finas del mismo árbol, caíanle en desórden sobre las espaldas i el pecho. Su conjunto no era seguramente el mas apropiado para interesar a la asustada niña, que, fria, inmóvil, como una estatua, no se atrevia a dar un paso, exhalar un grito, pronunciar una palabra delante de este extraño personaje, cuyos ojos encendidos la miraban fijamente, como queriendo fascinarla con sus rayos.

—Hermoda niña, la dijo acercándose, yo soi uno de esos je-

nios de los bosques de quienes depende la dicha o la desgracia de los hombres. Los que huyen de nosotros olvidan que pueden morir i que con la misma mano con que ejecutamos nuestras venganzas, guiamos a los que se nos acercan al jardin de la felicidad, donde la juventud es eterna i los placeres no tienen término.

Así hablaba el jenio, miéntras el viento entre las hojas parecia ejecutar extrañas i desconocidas armonías i las aves en su sueño exhalaban tristes i débiles jemidos.

—Pobre niña, prosiguió, has andado mucho i tienes sed; toma i bebe el licor que servimos en nuestras fiestas; tiene la virtud de borrar en el corazon las huellas que deja la desgracia i da al alma la serena paz de la felicidad.

I así diciendo, acercó a los labios de Rosalía un cuerno, que contenia uno de esos filtros misteriosos que los jenios usan para producir sus maleficios i encantamientos, i que ellos solo saben preparar con horribles ingredientes, durante las altas horas de la noche i en medio de los bosques.

La pobre niña abrió maquinalmente sus labios i bebió. El mas extraño fenómeno sintió operarse en todo su sér. Un soplo helado recorrió todas sus venas, notando al mismo tiempo que las fuerzas al par que la voluntad la abandonaban; i luego una laxitud extrema en todos sus miembros; i dominada por un sueño pesado i angustioso, parecia una sonámbula incapaz de hablar, pronunciar una sola palabra. Dominada por un fatal encantamiento, sentia todas sus facultades encadenadas a la voluntad de aquel personaje extraño, que, tomándola de la mano, volvió a hablarle:

—Encantadora Rosalía, buscas leña para tu madre enferma i yo he trabajado toda la tarde para tí. Ahí tienes cuanta deseas, añadió, señalándole un monton que cerca de él habia, i desapareció.

Rosalía, como un autómatas, miró lo que le ofrecía el jenio, tomó cuanto podia llevar i se retiró con pasos acelerados de aquel sitio funesto.

Imposible casi seria analizar el estado de su alma; ella misma no se comprendia. Habia en ella esa flaqueza de espíritu que sigue casi siempre a las grandes faltas, ese decaimiento moral, síntoma del egoismo, que hace mirar con indiferencia cuanto nos rodea, haciéndonos incapaces de todo bien i de todo amor. Desde el momento en que su corazon no se elevó al cielo en medio de los peligros, su frente quedó marcada con un augurio terrible i su alma pareció rodearse de espesas sombras que le impedian ver en lontananza el bello porvenir de la virtud.

Era ya mui entrada la noche cuando Rosalía llegó a su vivienda. Dejó caer su carga i prendió fuego i el combustible ardió como el de mejor calidad, alzándose las llamas e iluminando con una luz vivísima la estancia.

—¿Qué tienes? por qué estás tan pálida i te has demorado tanto? preguntó la anciana a su hija.

—¿Pálida? dijo Rosalía en tono de sorpresa.

—¡Talvez te habrá hecho mal salir a estas horas con tanto frio!

—¡El suelo estaba tan húmedo! Imposible me ha sido casi hallar leña en estas horas; sin embargo, no siento nada.

La anciana guardó silencio i al poco rato descansaba de sus dolencias entregada al mas profundo sueño.

Rosalía en tanto, al lado del fuego, con la frente cargada por la fiebre i los ojos fijos en la llama que subia i en las ramas abrasadas que se deshacian en chispas, presa de una horrible pesadilla, creia ver mil i mil espíritus de fuego que, afectando las formas mas extrañas i los colores mas variados, la miraban con sus ojillos de fuego; luego, parecian ensayar todos al mismo compas una danza fantástica, que acompañaban con horribles visajes, produciendo en su cabeza dominada por el vértigo las mas tristes i lúgubres ideas; despues reian i cuchicheaban entre sí, en seguida, corriendo sobre los tizones encendidos, jugaban para reñir en seguida i amenazarse i atacarse con furia, hasta desaparecer para volver de nuevo, afectando cada vez formas mas extrañas

Rosalía, como una estúpida que no comprende ni se da cuenta alguna de cuanto pasa ante su vista, miraba con los ojos agrandados por esa especie de sonambulismo que se habia apoderado de ella, el espectáculo que se le ofrecia; inmóvil, con el cabello en desórden, parecia la estatua de alguna antigua hechicera, artísticamente cincelada.

Largo tiempo estuvo así, hasta que, concluyéndose el fuego, se acostó sobre su lecho, soñando las cosas mas indescriptibles.

II.

Francisco habia partido para Llanquihue con la esperanza de un cambio favorable en su escasa fortuna. Allí se detuvo algunos dias por razon de sus negocios, con el deseo de volver lo mas pronto posible a abrazar a su esposa, de la cual no podia estar separado por mucho tiempo.

Para ella eran todas sus afecciones; para ella, que habia asegurado la felicidad de su vida con el triple título de la virtud, la belleza i el amor. Para ella trabajaba sin descanso durante las fatigosas horas del dia i durante la noche se creia compensado i feliz teniéndola a su lado i comunicándole los sentimientos de su corazon. Habian logrado realizar lo que pocos alcanzan en la vida: esa dicha sin ambicion que no alteran temerarios deseos, ese amor jamás turbado por la inconstancia i el desengaño; en una palabra, eran felices con esa felicidad que da una modesta i venturosa condicion.

Cuán léjos estaba el desdichado esposo de pensar en la amarga realidad que le esperaba; porque Rosalía desde el dia fatal en que llegó a tener relaciones con el sér misterioso que habia ocasionado tamaños trastornos en su alma, todas las tardes, i a la

misma hora, como atraída por una fuerza superior a que no le era dado resistir, dirijíase al bosque, donde oía las mas pérfidas insinuaciones que, como un veneno lento i eficaz, iban agotando en su corazon toda fuerza para el bien, todo amor a lo que le era anteriormente tan querido.

Grande, por consiguiente, fué la sorpresa i el dolor de Francisco, cuando lleno de placer fué a abrazar a su esposa adorada i solo estrechó entre sus brazos una estatua fria i sin afectos; cuando, buscando en vano en su rostro esos reflejos de una alma pura, que hacian todo su encanto i hermosura, solo halló la belleza de la tentacion, los atractivos que suele aun dejar al rostro el naufragio del alma.

En vano la dirijió algunas de esas frases cariñosas que, como una dulce armonía, sonaban en otro tiempo en los oidos de Rosalía, pues ella solo contestó con palabras indiferentes i de frio disimulo.

Francisco sintió helársele la sangre en las venas, su frente ardía i sus ojos amenazaban el desborde de la ira; sin embargo, tuvo fuerzas para dominarse, i mudo i sombrío se retiró del lado de su esposa.

III.

A medida que los dias pasaban, la pobre anciana sentia debilitarse sus fuerzas i que la vida la abandonaba. Sus ojos hundidos i casi sin luz, sus mejillas, con la palidez de la muerte, sus miembros casi sin movimiento decian que bien pronto emprenderia el viaje a la eternidad.

Rosalía velaba junto al lecho de la enferma (no diremos de su madre, porque los sentimientos filiales habíanse casi extinguido en su corazon) velaba con la solicitud de una enfermera a quien se retribuyen sus servicios. Impasible, miraba como cada instante iba acercando aquél en que ya no podria pronunciar, sino con los caracteres del recuerdo el nombre querido de una madre. En todo su traje se mostraba cierto abandono i desaliño que hacia contraste con su manera de ser anterior, i en sus delgados labios se solia dibujar una sonrisa de hastío e indiferencia, trasluciéndose en su semblante el estado de sus pensamientos. Buena parte del dia permanecia al lado de la enferma; pero, cuando llegaba la tarde la inquietud se pintaba en su rostro, hasta que, no siendo dueña de sus propias acciones, tomaba el camino del bosque, dejando a su madre sola i abandonada con sus sufrimientos, volviendo cuando se entraba la noche, cargada con la leña que siempre encontraba preparada, llamando la atencion de algunos que deseaban conocer en ella la causa del sombrío aislamiento de Francisco.

Los amigos de éste, extrañando sobremanera su conducta, entraban muchas veces en cavilaciones por saber lo que ocurría, sin poder dar en bola en el asunto. Era, en verdad, un caso ex-

traño para todos los que le habian conocido siempre afable i querido de cuantos solian saludarle.

—¿Qué tendrá Francisco? ¿por qué estará mal quisto con nosotros? decian algunos.

—I sobre todo, añadian otros, cuando parece florecerle la fortuna i una mujer, que llega a dar envidia a las mozas mas guapas del lugar, puede hacerle amable la vida.

—Si él tuviera alguna pena, nosotros podríamos consolarle, dijo uno de ellos, lo mismo que a ñor Celestino, cuando en la víspera de Navidad perdió a su hija, que tenia unos ojos que relumbraban como dos estrellitas, pues no ha nacido otra como ella en todita esta isla. Como en un sueño, se le fué, apenas se lo pensaba; i ¡quién lo habia de decir, cuando daba gusto el verla!

—Mujer bella, dijo un chistoso, el diablo carga con ella, así dice el adajio, i quien sabe si....

—Calla, contestóle otro, que Rosalía por su educacion i por todo no es sino para servir de rodillas a su marido.

Así solian conversar, despues del trabajo los amigos de Francisco; pero en vano trataban de darse alguna explicacion racional de lo que veian. Ignoraban ellos, honrados trabajadores de los bosques, cuánta amargura i desesperacion es capaz de encerrar el corazon del hombre que siente devoradas sus entrañas por la fiebre maligna de los celos. Ignoraban ellos, sencillos i felices, con la felicidad que da la virtud i los goces del hogar, que hai ocasiones en que el hombre virtuoso llega hasta a dudar de la virtud, en que la belleza i los encantos de la mujer que se ama no son sino un velo hipócrita que oculta la perfidia del corazon. Cuando todo esto se ve i se siente, cuando la felicidad no llega a concebirse sino como una bella mentira, entónces el amargo desengaño llega hasta oscurecer la vista i endurecer el corazon, a tal punto que el alma ajitada por la venganza solo mira lodo i sangre como único desenlace del terrible drama que se opera ante sus ojos. ¡Ah! los celos son un demonio que, llegando una vez a apoderarse del corazon del hombre, lo lanza sin freno a los mayores extravíos!

Francisco sentia todos esos tormentos. El destino jugaba con él de una manera terrible. Desde el dia fatal que llegó a su casa i conoció la extraña conducta de su esposa, los instrumentos del trabajo permanecieron olvidados en un rincon de la habitacion i la alegría huyó para siempre de sus rostro.

Desde entónces no tuvo descanso durante el dia, ni el sueño, dulce consolador de las desgracias, cerraba sus ojos durante las largas horas de la noche. Lúgubres ideas cruzaban siempre por su enfermizo cerebro; siempre en asecho, cualquiera mirada, cualquiera sonrisa bastaba para despertar su terrible sospecha.

IV.

Pasando los dias, hubo de llegar una tarde, una de esas tardes cuyo cielo está preñado de negras nubes, que, lentas i pesadas,

van agrupándose unas sobre otras, anunciando la tempestad. Reinaba una calma completa, interrumpida solo de cuando en cuando por ligeras ráfagas de viento que nada bueno presajaban.

En la habitacion de Rosalía se veía un espectáculo bastante triste. Su anciana madre exhalaba el último aliento de la vida i ella habia huido ante la vista del sacerdote cristiano, que, junto al lecho de la moribunda, pronunciaba en voz baja las sagradas palabras que acompañan a los fieles en el último trance de la vida. Francisco tambien estaba allí; pero su semblante revelaba mui distintas emociones. De cuando en cuando dirigia su torva vista alternativamente a la puerta de la habitacion i al rostro de la moribunda i la agitacion que parecia dominarlo se aumentaba mas por cada instante que pasaba.

Abandonada hasta por su propia hija, que talvez en esos instantes hablaba con el misterioso personaje que la habia arrebatado a su cariño, la pobre anciana estrechaba entre sus manos enflaquecidas, un tosco crucifijo de madera, juntándolo a su pecho, i esforzándose sus labios emblanquecidos en repetir las santas oraciones del sacerdote, único consuelo que mitiga algun tanto las amargas congojas de la última despedida. Haciendo un esfuerzo, abrió sus lánguidos ojos i paseó la vista por la ya casi oscura habitacion. Parecia buscar algo que le hacia falta en aquel supremo trance. Era a su hija, su amparo, su único consuelo en los tristes dias de la vejez.

—Pronto ha de llegar, la dijo el sacerdote, pareciendo comprender toda la amargura que encerraba aquella mirada de una madre.

—¡Sí! pronto vendrá! pronto vendrá!! dijo Francisco temblando de cólera i salió con precipitacion.

El sacerdote, previendo algo funesto en aquellas palabras, habria querido detenerlo; pero tambien habria sido inútil.

Pocos instantes despues se notaban ya los síntomas de la agonia. Un ligero estremecimiento conmovió todos sus miembros; una lágrima se deslizó por sus mejillas; su alma estaba ya en la eternidad.

El sacerdote permaneció algun rato todavía junto al cadáver, pronunciando entre dientes la última plegaria por los muertos; i salió en seguida de la habitacion donde tan solo reinaba el lúgubre silencio de la muerte.

Francisco entretanto llegaba al bosque tras de su criminal esposa. La sangre se agolpaba a su corazon convulso, cuyas palpitations marcaban los grados de esa fiebre rabiosa de que estaba poseido; su rostro estaba pálido i desencajado; sus ojos sanguinolentos, sus facciones todas revelaban una agitacion febril. Tantas noches de insomnio i de amargas inquietudes le habian dado el aspecto de un criminal acosado por los remordimientos. Las hojas crujian bajo sus pies i las copas de los árboles se doblaban a su paso agitadas por el récio viento de esa tarde tempestuosa; i los pájaros movidos por el instinto del peligro, saliendo de sus

nidos, revoloteaban de una parte a otra, como si comprendieran los signos de la tempestad. Francisco, sin parar su atención en nada de esto, dominado por un solo pensamiento, caminaba i se paraba a cada instante, creyendo oír esa voz que le habia de revelar el secreto fatal de su desgracia; mas, luego conocia ser tan solo el ruido del viento entre las ramas. Volvia a andar i a pararse de nuevo, i así caminó largo rato. De repente un sudor frio bañó su frente enardecida i sus ojos despidieron un brillo siniestro. No era ilusion, nó, la voz de Rosalía sonaba en sus oídos clara i armoniosa, como cuando hablaba a su amante en los días de la felicidad; i despues otra voz melosa, desconocida para él; era seguramente la de su pérfido seductor, la del miserable que habia arrebatado el honor i la virtud a una débil mujer i atravesado con un puñal el corazón de un esposo que no poseia otro tesoro que ese honor i esa virtud.

Un ruido de colera se escapó de su pecho.

—¡Infame! gritó ébrio de venganza, i corrió hácia el lugar de donde provenian esas dos voces diferentes.

Mas, todo fué en vano; corrió de un lugar a otro, recorrió todo el bosque casi: Rosalía no estaba allí: sin embargo, él la habia oído, la habia visto casi.—¿habia huido al sentir el ruido de sus pisadas? ¿a dónde? ¿con quién?—Estas reflexiones pasaban turbulentas por su cerebro, aumentando su furor.

Las sombras de la noche habian caído sobre el pueblo i la lluvia se descargaba sobre los techos de las casas i los relámpagos, iluminando con su luz cárdena el espacio, alternaban con el ruido sordo i amenazante de los truenos, que se sucedian unos a otros, cuando Rosalía llegó a su casa cargada con la leña que todos los días encontraba preparada en medio del bosque. Inmediatamente prendió fuego i las llamas se alzaron iluminando los cuatro ángulos de la habitacion. Luego, allegándose vacilante al lecho mortuorio, la hija ingrata no pudo dejar de derramar una lágrima sobre el cadáver de su madre.

En el mismo instante entraba Francisco en la habitacion.

—¿Adónde has ido? preguntó con voz de trueno a su esposa.

—¿Yo? dijo ésta sobresaltada.

—¡Tú! ¿con quién hablabas? ¿con quién? ¡¡Dilo!! añadió Francisco fuera de sí.

Rosalía aterrorizada guarda silencio i Francisco rojo de cólera se precipita sobre ella i un instante despues la deja caer bañada en sangre sobre el frio pavimento. Una carcajada estridente i burlesca se deja oír entónces a sus espaldas; es el pequen; ciego quiere arrojarse sobre él i atravesarle con su puñal; pero este desaparece al instante, apagándose el fuego maldito que arde en la habitacion. En medio de las tinieblas un pensamiento horrible cruza por la frente del asesino i, dominado por la desesperacion, huyó de aquel lugar sangriento.

JAVIER VIAL SOLAR.